

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.



GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—El tiempo, poesía por X.—Paulina Rubens, por E. B.—A María.—Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS A JULIA

(CONTINUACION.)

En segundo lugar, las travesuras de que habla su buena madre, son actos de soberbia, faltas de consideración y respeto hacia sus mayores, rasgos de mal corazón, violentos arrebatos, defectos, en fin, que pueden convertirse mañana en vicios abominables, y como oye decir que esos son distintivos del genio, como ve sancionada su conducta por otros que no son sus padres ni sus maestros, es decir, sus

tiranos naturales, contra cuyo yugo se siente dispuesto a rebelarse por un innato instinto de independencia, resulta que se afirma en sus errores, lejos de pensar en corregirse.

Pero prosigamos analizando la falsa educación moral de nuestros días.

—«Da esa limosna al pobrecito, hijo mío, si la gente ve que lloras y quieres guardar los cuartos para ti, dirá que eres feo y avaro.—¿Qué dirá la gente si oye que respondes mal a tu padre? Te tendrá por malo y desobediente.—Las gentes dirán que tienes mal corazón si te burlas de los ancianos y de los contrahechos.—Mira que estamos en la casa de Dios. ¿Qué quieres que diga de tí la gente si alborotas?»

Y además del egoísmo y el interés, que son dos ejes invariables sobre los cuales gira la educación moral, el niño con su lógica infantil, pero infalible, traduce así estas advertencias.

—«El mal no está en lo que hago, sino en que la gente lo vea; luego si la gente no estuviera ahí, podría hacer todo lo que se me an-



tojase. Mi único enemigo, pues, es el mundo: mientras le engañe bien, mi tarea está concluida. No importa que no dé pan al pobre, que me burle de mis padres, de los ancianos y de los contrahechos, que me mofe de Dios, con tal que la gente no lo sepa. La apariencia es lo que vale, la realidad nada importa.»

El mundo, siempre el mundo! Nunca Dios, nunca la conciencia, nunca el sentimiento...! Cómo pedireis despues al niño sentimiento ni conciencia!... Ah, si cubris de barro el capullo de la flor naciente, cómo quereis que luego tienda su ramage hácia los cielos!...

Pero no hemos concluido todavía, Enriqueta.

—«Vete á estudiar, hija, mañana serás grande y no harás ningun papel en el mundo... Las que no tienen habilidades están en un rincón, y nadie hace caso de ellas... —Mira, no quiero que vayas á paseo con Isabel: ella es rica, viste con mucho lujo, y tú á su lado pareces su doncella... Qué vestido tan precioso llevaba ayer!... —Como tienes un aire tímido y tan encogido, no luce nada de lo que te pones... ¿Por qué no aprendes de Teresa, que mira á todas partes como si el mundo fuera suyo?... Asíes que llama la atención, y la dicen galanterías, como si hubiese dejado de ser niña... Ya es hora de que presumas, hija... —¿Ves que bien toca Emilia, y cuánto la aplauden, y cuánto la buscan? Tú eres una desaplicada; tú no sirves para nada... Lástima de dinero que hemos gastado en los maestros, porque nunca harás nada bueno.»

Todo lo cual quiere decir. No son las virtudes, sino las frívolas habilidades las que nos proporcionan la estimación general. —El hombre nada vale por sus cualidades morales, sino por la mayor ó menor riqueza de su traje. —Es preciso renunciar al pudor y á la modestia, si queremos ser obsequiadas y atendidas en sociedad.

Y así se van desarrollando las malas pasiones de la niña, y así se despierta en su alma el deseo de brillar, el afán del lujo, la sed de frívolos homenajes, y por último, la envidia, excitada con incesantes y odiosas comparaciones; la negra envidia, verdugo del que la al-

berga en sus entrañas, verdugo de aquellos sobre quienes descarga su rabiosa ira.

Oh! madres, madres, educáis á vuestros hijos para el mundo, les enseñáis á rendir un exclusivo culto al mundo, y ¿qué extraño es que el mundo acabe vuestra infame obra, y os devuelva algun dia un cadáver inanimado, en lugar del alma enervada y moribunda que le disteis? De aquella alma pura, cándida y amante, que Dios os habia entregado para que reflejase en la tierra su sacrosanta imágen!...

No creas por esto que yo pretenda que los niños nacen perfectos y que albergan iguales inclinaciones; Maria es un ángel, y Luis me hace temer mucho por él: á ambos les he educado del mismo modo, pero que diferencia!

El corazón de María es una tierra fértil, y no he tenido que hacer mas que sembrar; en Luis es preciso que luche contra un carácter duro y tenaz, y que esté siempre apercebida para desarraigar una por una, combatir una por una sus malas inclinaciones. ¿Conseguiré la victoria? Yo espero que sí, porque el amor, la perseverancia y la firmeza, saben vencer imposibles.

No creas tampoco, por cuanto te llevo dicho, que yo desdeño en manera alguna la instrucción ni vitupere el que las niñas adquieran habilidades que aumentan sus atractivos y las liberten de los escollos del ocio y del hastío. ¡Dichosa mil y mil veces, dichosa la que pueda entretejer su guirnalda con las rosas de las virtudes y los lauros del saber! Pero creo que aunque la instrucción sea un gran bien, nunca será el primero de los bienes; creo que con un alma sensible y virtuosa, podemos llenar mejor nuestra misión en el mundo que con la sola inteligencia.

(Continuará.)

Angela Grassi.



## A MARIA,

### MADRE DE DESAMPARADOS.

Madre: á mi madre perdí  
todavía siendo niño:  
vine al mundo sin cariño,  
porque á su muerte nací.  
En llanto y edad crecí,  
y en mi amargo desconsuelo,  
al preguntar con anhelo  
dónde mi madre se hallaba,  
todo el mundo contestaba  
que la tenía en el cielo.

No me dió su muerte enojos;  
pues en mis horas de calma,  
al decir—¡Madre del alma!—  
al cielo alzaba los ojos.  
Mil veces puesto de hinojos  
donde quiera la veía,  
porque el mundo me decía  
que tras del cielo se esconde,  
y yo la miraba donde  
tú también estás, Maria.

Mi labio empezó á decir  
una palabra hechicera,  
y fué también la primera  
que el pecho llegó á sentir.  
Era mucho mi sufrir  
y mucho consuelo hallaba;  
porque ¡Maria! exclamaba  
en medio de mi pesar,  
y este nombre al pronunciar,  
á dos madres invocaba.

Yo no llegué á conocer  
á la que debo la vida,  
y así su imagen querida  
no pudo el alma tener.  
No le dió el arte otro ser  
para calmar mis pesares,  
pero, si no en mis hogares,  
su rostro yo contemplaba  
en cada Virgen que hallaba  
esculpida en los altares.

Donde quiera que te ví,  
por mi madre pregunté;  
tu nombre en llanto mezclé,  
y envuelto en llanto te dí.  
La vez primera que fui  
á un templo tuyo á rezar  
fui también á recordar  
á mi pobre madre... y hoy  
cada vez que al templo voy,  
voy por ella á preguntar.

Tumba de mármol no encierra  
á la que á mi me dió el ser,  
porque era polvo al nacer  
y al morir volvió á la tierra.  
Pero no el sepulcro yerra  
mi corazón satisfecho,  
que si pudo espacio estrecho  
su cadáver encerrar,  
donde á tí yo alcé un altar  
le abrí una tumba en mi pecho.

Yo no podía creer  
de su amor rotos los lazos;  
que de mi madre los brazos  
no me pudiesen tener.  
Si una madre á un hijo el ser  
dió con gozo y lo bendijo,  
¿porqué tras su afán prolijo  
hay quien su pecho taladre,  
si los brazos de una madre  
los hizo Dios para un hijo?

De su aciaga muerte en pos,  
no fué tanto el desconsuelo;  
tengo dos madres, y el cielo  
quiso guardarme las dos.  
Dios lo quiso, y debo á Dios  
lo que darne Dios acuerde;  
pero nunca el alma pierde  
un amor de amor profundo,  
mientras quede todo el mundo  
que á mi madre me recuerde.

No hay acento ni armonía  
del mar, del bosque y del ave  
que con voz de amores suave  
no digo siempre: ¡Maria!  
Nombre de la Madre mía  
que en la gloria Dios encierra,  
no hay árbol, roca ni sierra  
que cuando tu nombre grita,  
de mi madre no repita  
el que llevaba en la tierra.



Vaga el aura dulcemente  
haciendo las hojas coro,  
y llega á herir el sonoro  
limpio cristal de una fuente.  
Rueda su curso el torrente  
que á un río se va á juntar,  
y no pudiendo estrechar  
tantas olas en su seno,  
corriendo raudó y sereno  
lleva sus olas al mar.

Envueltas en densa bruma  
van creciendo por instantes  
del mar las olas gigantes  
coronándose de espuma.  
De nubes el viento abrumba  
al horizonte que auyenta,  
y en su carrera sangrienta  
al mar el agua robando,  
en las nubes vá juntando  
tormenta sobre tormenta.

Rasga luego el negro velo  
que la atmósfera cubría,  
y al llano y al monte envía  
benéfica lluvia el cielo.  
Marca las lindes del suelo  
un horizonte de grana,  
y la pradera galana  
con perfume de sus flores,  
á Maria canta amores  
al despuntar la mañana.

Ve si en algo yo me fundo,  
y nadie de ello se asombre,  
cuando digo que tu nombre  
lo repite todo el mundo.  
Lo evocó mi amor profundo,  
y el aura lo fué á llevar  
á la fuente que al pasar  
lo dió al torrente bravío,  
y al despeñarse en el río  
lo llevó el río á la mar,

Y auras y fuentes y flores,  
armonías y cantares  
de las selvas y los mares,  
de los pájaros cantores,  
te dicen con voz de amores  
tan solo igual á la mía,  
que eres Tú, Virgen María,  
el amor que el orbe llena  
desde la noche serena  
al brillar el claro día.

Mira si habrá que me cuadre  
un gozo mas placentero  
que escuchar que el orbe entero  
dice el nombre de mi madre.  
No hay pena que me taladre  
con dolor el corazón,  
que lleve en compensacion  
un consuelo tan preciado,  
como oír tu nombre amado  
en una y otra region.

Yo que á mi madre perdí,  
en tí otra Madre encontré;  
tú bien sabes que te amé  
desde que al mundo nací.  
Al ver la luz, ya te ví  
del sol en los rayos de oro:  
empezando á hablar, á coro  
con las aves te cantaba,  
mientras tu nombre llenaba  
el alma con que te adoro.

Tu nombre, Virgen María,  
fue la palabra primera  
que yo de niño aprendiera  
en la cuna en que dormía.  
Quiere tú, Madre, que un día  
al volver mi cuerpo al suelo,  
tu nombre, dulce consuelo,  
sea la postrer palabra  
que cierre mis labios y abra  
para un hijo tuyo el cielo.

Yo no quisiera morir  
sin tu nombre pronunciar:  
¿de qué me sirviera hablar  
no pudiéndolo decir?  
Yo he de dejar de existir,  
y aún á la muerte bendigo;  
que es tanta la fé que abrigo,  
Madre del alma, de verte,  
que nunca temo á la muerte  
que me brinda estar contigo.

Los ojos baña mi llanto,  
pues, solo en el mundo, ¡triste!  
el desamparo reviste  
mi corazón de quebranto.  
Ampárame con tu manto  
quela paz y el bien encierra;  
mira que el mundo la guerra  
va declarando á mi calma,  
y sin tí no tiene el alma  
amparo sobre la tierra.

Pedro Antonio Torres.



## PAULINA RUBENS.

(Segunda parte.)

(CONCLUSION)

—¿Y cuales son los antecedentes de madama Paulina? continuó el extranjero. Hablad sin temor, sin restriccion, os lo pido por lo mas querido que tengais.

—Sus antecedentes son honrosísimos, caballero; y sin embargo no quisiera entregarlos inconsideradamente á la curiosidad y á la indiscrecion. Pero egerceis no sé que fascinacion sobre mí á la que no puedo resistir y experimento una confianza en vos extraordinaria verdaderamente, mucho mas cuando reflexiono que ni siquiera sé vuestro nombre.

—Me llamo Gustavo Mathiosen; pertenezco á una familia distinguida de Dinamarca. Es tío mío el célebre médico de Copenhague, Jacobo Mathiosen.

—Efectivamente, ese nombre hace mucho tiempo que lo he sabido y lo repito con respeto y admiracion. Escuchadme, pues, y sabreis todo lo que yo sé de la suerte desgraciada de madama Paulina VanEyckens.

Entonces le refirió todo; la juventud opulenta y dichosa de Paulina, la ruina de su esposo, el afecto y sacrificios que ella habia manifestado y sufrido por este; sus trabajos, su resignacion, su viudez: cuanto habia padecido antes de aceptar el triste empleo de dama de mostrador; y cuanto sufria aun en su posicion célebre y humillante á la vez. Al oir la narracion del doctor el jóven extranjero con las lágrimas en los ojos, vivamente conmovido apretó la mano de aquel y con voz ahogada le dijo:

—Gracias, caballero, os doy mil gracias.

Y desapareció bruscamente confundiéndose en la oscuridad.

Mr. Destrées se quedó en medio de la calle, un poco desconcertado de la despedida estraña y de las confianzas que habia hecho á aquel original. Le pareció prudente volver á contar á Paulina todo lo que acaba de suceder.

Con gran sorpresa suya lejos de reñirle y reprehenderle su imprudencia, Paulina se le manifestó contenta y le escuchó con la mayor complacencia.

Es menester confesar; porque no somos de estos autores que tratan de disculpar las debilidades de sus heroínas, es preciso que confesemos que la jóven no durmió en toda la noche pensando en el interés que el extranjero habia manifestado por ella y esperando con impaciencia el dia y sobre todo la hora en que debia presentarse su misterioso amigo en el sitio acostumbrado del café.

Cada vez que se abria la puerta, volvía ella los ojos palpitándola el corazón hacia un espejo que tenia delante, para asegurarse si era el que esperaba, pero inútilmente; el extranjero no pareció en toda la noche, ni volvió á presentarse mas en el café.

Los concurrentes observaron desde entonces, sin sospechar la causa, que la hermosa botillera se volvía triste y pensativa y que asomaban á veces en sus párpados, encarnados de llorar, lágrimas ardientes que ella al momento trataba de ocultar.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

TODAVIA OTRO TRONO.

Durante los seis meses que se siguieron á la desaparicion de Mr Mathiosen; la tristeza de Paulina, lejos de disminuir se hizo mas profunda. Los concurrentes al café se preguntaban entre sí cuales serian los pesares que así anublaban el rostro de la hermosa botillera y empañaban el brillo de sus grandes ojos negros. Sin embargo nadie sospechaba la verdad; nadie adivinó que Paulina sufria tanto por la ausencia de uno de ellos y que esta ausencia la causaba dudas atroces y cruel desesperacion. Tan pronto acusaba de traicion á Gustavo, tan pronto le echaba en cara amargamente su propia injusticia, puesto que él nunca se habia comprometido con ella en lo más mínimo. Desde el dia en que le llenó de desprecio y colmado de humillacion ¿habria vuelto acaso á dirigirle la palabra? Sus preguntas á Mr. Destrées no eran más que un deseo de satisfacer su curiosidad. Habia querido saber el enigma, que habia por tanto tiempo ocupado al público. Luego que lo hubo sabido se habia retirado asomando á sus labios la risa del desprecio por la botillera.

Perseguida por estas ideas, le costaba mucho trabajo el reprimir sus lágrimas y no hacer traicion á su dolor; sufria mucho y deseaba morir. Otras veces, desechaba todas estas suposiciones injuriosas y se alarmaba por la suerte de Mr. Mathiosen temiendo que tal vez habria muerto



porque solamente la muerte podia haberle alejado así de la muger que habia protegido contra un insulto, de aquella por la que se leia en sus ojos tanto afecto y estimacion! No era él la única persona entre aquel tropel de curiosos, á quien no era indiferente la suerte de la pobre muger sola y abandonada?

Pasando así de la acusacion á la defensa, de los reproches á la inquietud, Paulina vió llegar casi con alegría el término de la contrata con Mr. Mussault, y el momento en que podia volverse á una vida retirada y en libertad. El café la era insoportable desde que el dinamarcués no asistia á él y así, no quiso dar oidos á ninguna de las brillantes proposiciones que se le hicieron para prolongar su asociacion por otros cinco años, declarando formalmente la intencion que tenia de dejar para siempre el mostrador dorado. Desde el dia que tomó posesion de él, sus economías dirigidas habilmente por el doctor daban una renta de seis mil frances sobre el estado; esto era mas de lo que ella necesitaba para Adrian y para sí.

El cafetero despues de haber agotado sus esfuerzos y las promesas mas seductoras, resolvió ya que no podia decidirla á quedarse en el establecimiento, sacar el mejor partido á lo menos de los dos meses que debia permanecer aun en el café. Se fijaron anuncios por todas partes, en los que se decia que la hermosa botillera iba á dejar para siempre el café del Palacio Real. Esto fué un estímulo para que los curiosos fueran á admirar la célebre dama de mostrador. El Palacio Real volvió á llenarse de gente como los primeros dias de la presentacion de Paulina, rebotando de concurrentes que se disputaban los asientos y se perdian en conjeturas sobre los motivos de una retirada tan inexplicable, cuando la bella jóven nunca habia estado tan hermosa ni tan digna de admiracion y contando apenas 23 años.

Una mañana que volvia Paulina segun su costumbre del colegio donde habia ido á abrazar á Adriano, Bella le entregó una carta del Dr. Destrées en que la suplicaba que fuera á comer con su muger, porque tenia que comunicarla noticias importantes. Paulina hacia con el público lo que acostumbran los actores célebres, que no dudan en darles un chasco cuando les viene á pelo. Así Paulina avisó á Mr. Mussault que no contara con ella aquella tarde y le entregó el libro de registros á la muger del cafetero, que agradecia tanto menos este honor, cuanto que siempre le valia los silvidos de la chasqueada muchedumbre.

Madama Van-Eyckens encontró en casa del

doctor á un anciano que hacia ocho dias que asistia continuamente al café de la hermosa botillera y que parecia complacerse en ocupar el sitio predilecto en otro tiempo de Mr. Mathiesen.

—Querida Paulina, le dijo la excelente muger del doctor, resplandeciendo su rostro de una alegría misteriosa, querida Paulina, te hemos hecho venir para un asunto importantísimo.

El anciano se levantó con gravedad.

—Señora, la dijo, yo vengo á pedir vuestra mano.

Paulina se puso encendida á estas palabras imprevistas, y se sintió tan turbada que sus labios no pudieron articular ninguna contestacion.

—No temais, señora, repuso el anciano sonriéndose, no se trata de mí, sino de mi hijo.

Paulina le interrumpió diciendo:

—Caballero, antes de dejaros continuar, antes que nombreis la persona cuyas intenciones me honran, debo responderos que tengo hecha una firme resolucion de no volverme á casar nunca.

—Yo no dejaré por eso de insistir, continuó sonriéndose el anciano. Mi hijo no es rico, no llevará á su muger sino una mediania tan distante de la pobreza como del fausto. Su nombre no deja de tener alguna celebridad y esta celebridad se la debe así mismo.

Paulina contestó:

—La persona de que quereis hablarme reunirá caballero, todas las condiciones que yo me tendria por feliz encontrar en un marido; pero yo no pienso volver á casarme.

—¿Luego no está libre vuestro corazon? insistió el extrangero.

—He de dar cuenta de mis sentimientos secretos? replicó Paulina.

—Tú sacrificas á recuerdos y sueños imaginarios una felicidad real y el porvenir de toda tu vida, exclamó madama Destrées.

—Y por lo mismo sois una muger, que merece el respeto y admiracion de todos los que os rodean, interrumpió el anciano. Señora, me avergüenzo del miserable artificio de que me he valido; perdonadme, yo soy el duque Mathiesen. ¿Rehusareis todavia vuestra mano á mi hijo Gustavo.

Paulina ocultó su rostro cubierto de rubor entre las manos; cuando levantó la cabeza encontró á sus pies aquel cuya ausencia le habia hecho sufrir tanto.



Un mes despues de esta noche feliz, una silla de posta partió para Dinamarca conduciendo cuatro personas, el Duque, Adriano, Paulina y su esposo. Se detuvieron solamente para tomar algun descanso en algunas ciudades y llegaron rápidamente al castillo del conde en las inmediaciones de Copenhague.

Tenemos en Europa generalmente ideas equivocadas sobre la naturaleza y clima de Dinamarca; se nos figura como una especie de gran cámbano de hielo, tan estéril casi como Spitzberg. Felizmente estas son preocupaciones ridículas, en ninguna parte se encuentran praderas más ricas y llenas de verdor, sitios más pintorescos, aguas más puras y sobre todo bosques mas frondosos.

El castillo de Mathiesen, obra del siglo XVII, descollaba por su fachada blanca sobre un montecillo sombrío formado de abetos. Entre el castillo y el monte, es decir en el espacio de casi una legua, se extendia un inmenso jardin plantado de árboles de cien años, y un parque poblado todo de caza; últimamente un riachuelo formaba una cascada, cayendo de lo alto de una roca y serpeteando á traves del jardin iba á perderse en el mar que se percibia á lo lejos con su horizonte sin límites y su llanura resplandeciente, bajo la luz del sol.

En este retiro delicioso fué donde pasó Paulina el verano rodeada de su esposo, de su hijo y de su suegro. Gracias á este último, Adriano habia llegado á ser atrevido ginete y diestro cazador. Gustavo que manifestaba al jóven la ternura más viva, se habia constituido su maestro del idioma danés y el discípulo habia hecho progresos tan rápidos, que costaba trabajo conocer su origen extrangero. Cercada por todas partes de ternura y de amor, Paulina era tan feliz cuanto cabe en este mundo y daba gracias á Dios diariamente por tanta felicidad.

Sin embargo llegó el invierno con sus montes de nieve, sus noches sin fin y sus profundas soledades, porque en Dinamarca es imposible salir fuera de casa cuando el frio se ensaña con violencia. Paulina se resignó á su reclusion alegremente y recurrió á su piano, para ocupar los pocos ratos que la permitian el afecto y las caricias de los que la rodeaban.

El duque Mathiesen entró una mañana en su habitacion y le dijo:

—Mi querido hija, vamos á partir ahora mismo á Copenhague, ¿no querrás acompañarnos?

—Vuestros menores deseos son órdenes para mí; bien lo sabeis, padre mio, añadió ella sonriéndose.

Y se levantó para seguirle. Sabieron al car-

ruage, y muy pronto llegaron á un magnífico palacio.

—Esta es una de vuestras posesiones, de que me habia olvidado hablaros, dije el duque sonriendo á su vsz.

Numerosos criados iban y venian con libreas magnificas; una elegante carroza tirada por cuatro fogosos caballos estaba en medio del patio; luego que Paulina llegó á su habitacion cinco ó seis doncellas la rodearon esperando sus órdenes: Bella que acompañaba á su señora y que estaba ya en el secreto abrió las puertas de un espacioso salon. La sorpresa de Paulina se cambió en una emocion indefinible al verle lleno de innumerables cuadros flamencos, entre los que descollaban el Vado de Bergher y el san Jorge de Rubens.

Ella se arrojó bañada en lágrimas en los brazos de su esposo.

—Ahora mi querida Paulina, le dijo este último es necesario que vayamos á ver los cofres que acaban de llegar de Francia y que traen vestidos y adornos para vos; tenemos que asistir esta noche á un gran baile, á una fiesta brillante.

—Amigo mio, padre mio, dijo Paulina, os suplico que no me obligueis á presentarme en el gran mundo. Ahora lo conozco, vosotros pertenecéis á una ilustre y esclarecida familia, el rango que aquí ocupais es de los más distinguidos, no me espongaís á oír al rededor murmullos y recuerdos, que me harian morir de vergüenza, no por mí, sino por vosotros. Se sabe ya en Copenhague, estoy cierta que la condesa de Mathiesen ha sido la hermosa botillera.

—Estad tranquila, hija mia, interrumpió el anciano duque, fíaos en mi ternura y pensad en vuestro tocador.

Algunas horas despues, salió Paulina de su cuarto deslumbrando con su hermosura. Acompañada de su marido, de su suegro y de Adriano, subió en la carroza de los cuatro caballos. El carruaje paró delante de un pórtico alumbrado por mil bujías; una escalera suntuosa condujo á la jóven hasta un salon inmenso y de una riqueza sin ejemplo, en el que se hallaba una inmensa multitud de convidados.

Un ugier anunció:

—S. E. el duque de Mathiesen.

—Monseñor el conde de Mathiesen.

—Madama la condesa de Mathiesen.

—El caballero Adriano Van-Eyckens.

Todos cuatro se adelantaron hacia un señor, que se levantó para recibirlos.

—Señora condesa, dijo este, el duque de Mathiesen vuestro suegro y mi primer ministro me ha referido la historia de vuestro valor y de



vuestros trabajos. Mi sancion ha autorizado vuestro casamiento con su hijo, y me tengo por feliz y me causa orgullo el recibir en mi corte á una persona tan digna de la admiracion y respeto general. La belleza de vuestro corazon sobrepasa aun á vuestra hermosura sin igual. La reina se contemplará dichosa de admitiros en su intimidad y tener en vos una amiga, que ha dado pruebas de poseer todas las virtudes.

La reina se apresuró á confirmar con los más afectuosos testimonios, las palabras del rey.

En el dia la que fué la hermosa botillera lleva el título de Duquesa de Mathiesen, porque el viejo duque ha fallecido, y habita en París con su esposo encargado de altas funciones diplomáticas. Se la cita en todas partes por su hermosura, por su talento y por la elegante aristocracia de sus modales.

Cuando su coche lleno de escudos de armas suele pasar cerca del Palacio Real, Paulina estrecha furtivamente la mano á su marido, que le devuelve su tierno apretón.

Muchas veces se ve en el bosque de Boulogne á un jóven que monta con gracia en un fogoso bridon. Apenas se separa del carruaje de su madre, que tiene clavados los ojos con ternura sobre este perfecto ginete.

Es Adriano Van-Eyckens.

Tal es la historia de la viznieta de Rubens.

E. B.

## CORRESPONDENCIA.

*Móstoles.* Señor don V. C., se recibieron los 8 rs. con los que abonó hasta fin de abril del 80.

*Segovia.* Señor don M. M., recibidos los 24 rs., dejando pagado hasta fin de abril del 81. Le remito la coleccion del 77, cuyo importe es de 12 rs.

*Sevilla.* Señora doña S. C. de A., remito los números que pide del año cuarto.

*Sevilla.* Señor don L. M., recibí los 8 rs., queda pagado hasta fin de diciembre del 79. Le envío los números que le faltan.

*Villa de Ciloca.* Señora doña A. A., con los 8 rs. que por usted envía su señor padre, deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

*Zamora.* Señor don M. A., en nuestro poder los 12 rs. queda satisfecha la revista hasta fin de Octubre del

*Cuevas de San Marcos.* Señora doña T. M., recibí los 24 rs., deja abonado hasta fin de abril del 80.

*Linares.* Señora doña F. de A., recibidos los 20 rs., con los cuales deja pagado hasta fin de abril del 80.

*Rubena.* Señor don G. J., anotados los 30 rs., queda abonado hasta fin de enero del 80.

*Las Palmas.* Señora doña M. G., doy á V. las gracias por el interés que demuestra por mis pobres y humildes escritos. Tan luego como empiece la publicacion de la novela «Un mar sin puerto,» tendré el gusto de remitirle la primera entrega.

*Alló.* Señora doña E. V., recibí los 24 rs., queda abonado hasta fin de diciembre del 80.

*Castillo de los guardias.* Señora de la F. F., en nuestro poder los 16 rs., con los que deja pagado hasta fin de diciembre del 79.

*Lanaja.* Señor don B. M., con los 24 rs. que envía deja abonado como dice hasta fin de abril del 81.

*La Yunta.* Señora doña B. M., deja pagado con los 18 rs. hasta fin de octubre del 80.

*Alfajarni.* Señora doña C. M., recibí los 23 rs., deja pagado hasta fin de diciembre del 79.

*Carmona.* Señora doña J. O., en nuestro poder los 88 rs., queda satisfecho, como dice, hasta diciembre del 80.

*Lae Palmas.* Señora doña F. C., conforme con lo que indica en su carta.

*Sevilla.* Señora doña J. C., recibidos los 20 rs., queda pagado hasta fin de noviembre del 80.

*Cádiz.* Señora doña C. C., con los 34 rs. que envía deja abonado hasta fin de enero de 81, remito el número que falta.

*Nalda.* Señora doña M. M. y G., en nuestro poder los 28 rs. queda pagado con esta cantidad hasta fin de diciembre del 80.

*Prado.* Señora doña J. F., le remito los números que pide D. A. D.

*Tarifa.* Señora doña R. G., anotados los 24 rs. que remite.

*Villarramiel.* Señor don L. L., con los 36 rs. que envía deja abonado hasta fin de octubre de 81.

*Ciudad Rodrigo.* Señora doña A. B., le remito los números que pide. Con los 16 rs. que nos envía queda pagado hasta fin de diciembre del 79.

*Manzanares.* Señora doña L. B. anotados los 22 rs. deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

*Málaga.* Señora doña E. G., recibí los 90 rs., queda pagado hasta fin de diciembre del 80.

*Puebla de la Calzada.* Señor don J. C., en nuestro poder los 16 rs., en vez de abonar hasta diciembre, solo deja pagado los 4 rs. de atraso, y hasta fin de junio del 80, pues vale la suscripcion de dicho año 24 rs.

*Villar del Aguila.* Recibí los 13 rs., quedando abonado hasta fin de diciembre del 79.

*Las Herencias.* Señora doña T. M. M., anotados los 25 rs., con los que deja abonada la revista hasta fin de diciembre del 79.

*Madrigalejo.* Señora doña L. T., queda abonada la suscripcion con los 41 reales que nos manda hasta fin de diciembre del 80. Se le remiten los números que le faltan.

(Continuará.)

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia.»